

Estrada, Oswaldo (ed.). *Rosa Beltrán: afectos literarios y el arte de narrar*. Bonilla Artigas Editores, 2023, 360 pp.

---

MARTA F. EXTREMERA  
UNIVERSIDAD DE GRANADA

Si bien la producción literaria y el papel cultural de la mexicana Rosa Beltrán (1960) resultan ineludibles para comprender, no solo la literatura mexicana de nuestro presente, sino también sus condicionantes históricos, políticos y sociales, lo cierto es que no ha recibido hasta la fecha una atención crítica acorde con esta posición. Oswaldo Estrada, autor del paradigmático *Ser mujer y estar presente* (2014), quien ha dedicado buena parte de su carrera investigadora a la cuestión del género en la literatura mexicana de distintas épocas, ha reunido en el volumen *Rosa Beltrán. Afectos literarios y el arte de narrar* a destacados especialistas con el fin de subsanar este vacío, de corregir los desvíos de un canon machista, cisheteropatriarcal y excluyente.

El libro plantea un abordaje holístico de la obra de Beltrán que se plasma en el deseo expreso de abarcar “la totalidad de su obra literaria producida hasta la fecha” (24) y, sin embargo, lo excede al dibujar todos los recorridos posibles a través de los afectos literarios, políticos y personales, de la Rosa Beltrán escritora, profesora universitaria, crítica literaria y gestora cultural. Desde la presentación, a cargo de Sara Poot Herrera (cofundadora y directora de UC-Mexicanistas), se destaca la solidez de una trayectoria dedicada por entero a la escritura, la lectura y la promoción de la cultura, que, en la introducción escrita por Estrada, se conecta con la de otras mexicanas ilustres pasadas –Nellie Campobello o Rosario Castellanos–, presentes –Ana García Bergua, Ana Clavel o Cristina Rivera Garza– y –esperamos– futuras. Una reflexión de la propia autora, “Cuando las palabras no eran las cosas”, culmina esta serie de pre-textos inscribiéndola definitivamente en la serie de “fabuladoras” (de la que madre constituye el origen) que se preguntan “si es posible leer el mundo de otra forma” (35). La respuesta, un sí rotundo por parte de la crítica, se articula en cuatro partes.

La primera parte, “Efectos literarios”, se compone de cinco capítulos dedicados a la novelística de la autora que centran su interés fundamentalmente en las primeras cuatro novelas (publicadas entre 1995 y 2011) desde enfoques que las sitúan al interior del relato social e histórico de la nación mexicana. Así, Laura Alicino lee *La corte de los ilusos* (1995) dentro del “giro documental” de la narrativa contemporánea, insertándolo en una suerte de

tradición inaugurada por Fernando del Paso a la que pertenecen una serie de novelas históricas publicadas entre 1995 y 2010. Al mismo tiempo, Maricruz Castro Ricalde recalca en *Alta fidelidad* (2007) a través de la noción de archivo y del concepto de “archivo hospitalario” como herramienta de lectura (79). Ambas hacen hincapié en la subversión, por parte de la autora, de los mecanismos historiográficos que han excluido tradicionalmente a las mujeres del imaginario colectivo. En esa línea y con foco en *El paraíso que fuimos* (2002), Brian T. Chandler incide en que, para la autora, “ser auténtico, entonces, es reconocer que la historia de nuestras vidas es en realidad un relato social e histórico” (74). Ana Rosa Domenella y Ramón Alvarado Ruiz, por su parte, atienden a las intervenciones en ese relato social e histórico que se dan en *Efectos secundarios* (2011) desde la performatividad de la identidad y la violencia (ejercida por el Estado) y de la lectura como destabilizadora del ser, respectivamente.

El segundo apartado, “Realidades y desencantos”, se dedica a la narrativa no ficcional de la autora, que comprende desde su tesis doctoral, *América sin americanismos: el lugar del estilo en la épica* (UNAM, 1996), que Andrés Porrás Chaves resalta como otro modo de interrogar las relaciones entre Historia, ficción y narrativa, hasta su ensayo más reciente, *Mujeres en la literatura* (2020), del que –pese a su brevedad– Estrada rescata, como una suerte de colofón, la enunciación de un pensamiento del cuerpo fundamental para comprender el conjunto de la obra de Beltrán. Precisamente, el editor del volumen realiza en su capítulo “Ensayar la vida: Rosa Beltrán entre realidad y utopías” una defensa a ultranza de la relevancia como ensayista de la escritora mexicana basado en la vigencia y la lucidez de los planteamientos que se recogen en *Verdades virtuales* (2019), incluyéndola en una genealogía de pensadorxs latinoamericanxs contemporánxs como Mario Vargas Llosa, Néstor García Canclini, Víctor Alejandro Sorell o Eduardo Galeano. También Adriana Pacheco, con un análisis comparativo de *Mantis. Sentido y verdad en la cultura literaria posmoderna* (2010) y *Efectos secundarios*, señala la clarividencia de las lecturas del mundo de Beltrán, que van de lo local –como en la crónica “Acuérdate de Acapulco” estudiada por Roberto Domínguez Cáceres en el volumen– a lo global para desentrañar el mundo posmoderno en el que vivimos.

Todas las contribuciones están necesariamente atravesadas por diversos enfoques de género que funciona como hilo conductor del volumen toda vez que evidencia la contundencia de la mirada feminista de la autora. No obstante, las consignadas en la tercera parte, “Géneros y afectos”, hacen especial hincapié en la cuestión del género con singular interés en *Efectos secundarios* y, sobre todo, en *El cuerpo expuesto* (2013) y *Radicales libres* (2021), sus novelas más recientes hasta la fecha. En esta dirección, Etna Ávalos propone la noción

de “mujeres líquidas” para el análisis de la construcción de los personajes femeninos en los tres textos mencionados. Beatriz Mariscal Hay lee en *El cuerpo expuesto* una denuncia de “esa fuerza destructiva del racionalismo que sirvió de pretexto para el abuso brutal de los débiles, a un conservadurismo racista que propugnaba el dominio y la explotación de quienes eran considerados cultural y racialmente inferiores” (235-36), mientras que Edith Negrín aduce una relectura de Darwin en el marco del bicentenario de su nacimiento. Ana Gallego Cuiñas formula una lectura feminista materialista en la que “[l]o afectivo se vincula pues con lo corporal y lo emocional, con lo individual y lo colectivo, con lo material y lo simbólico, y, todo ello se torna agencia feminista dentro de la ficción de Rosa Beltrán” (268). Y Sara Poot Herrera y Jacobo Sefamí exploran cómo las mujeres de *Radicales libres* confrontan el determinismo histórico, buscan una liberación que pueda reescribir la historia cultural de un país cada vez más feminista.

Por último, se aglutinan una serie de acercamientos a su producción cuentística bajo el membrete que compone la segunda parte del título, “El arte de narrar”, en los que se atiende a los tres volúmenes de cuentos publicados por Rosa Beltrán hasta el momento actual: *Amores que matan* (1996), *Optimistas* (2006) y *Cuentos darwinianos* (2020). El humor (que también Pacheco identifica en los ensayos y Mariscal Hay y Negrín en *El cuerpo expuesto*) ocupa un lugar central en las reflexiones de Laura Cázares H. sobre los cuentos “Shere-Sade” y “Manual de autoayuda para chinos”, a través de los cuales Beltrán nos ofrece “otras perspectivas sobre uno de los grandes temas literarios: el amor” (315). Luz Elena Zamudio R. y Carmen Villoro, por su parte, insisten en las relaciones entre literatura y ciencia que se tejen en “Antesala” y en los *Cuentos darwinianos*, respectivamente, para “generar incertidumbres y cuestionar certezas” (338). Quizá la atemporalidad de las injusticias que Beltrán trata de evidenciar en su narrativa ha llevado a buena parte de lxs contribuyentes a destacar la contemporaneidad de sus acercamientos. Para Mónica Lavín, en consonancia con los demás acercamientos desde las teorías posmodernas, su incisiva mirada —especialmente aguda en los cuentos— “[n]os enfrenta a los abismos del siglo XXI, a la era del vacío lypovetskiana: es una clara fabuladora de este tiempo sin brújula” (345).

A pesar de las divisiones, por tanto, todas las contribuciones parecen atravesadas por algunos ejes fundamentales: mediante el papel de la lectura y de los libros (toda escritora es, ante todo, lectora, y Rosa Beltrán no es una excepción), del cuestionamiento de la Historia y las historias, de las formas de ser mujer, de amar(nos), de narrar(nos) y liberarnos se multiplican en las páginas de este volumen las posibilidades críticas de una producción sobresaliente que se concibe —aquí sí confluyen todas— como un lugar de reconfiguración del

canon literario mexicano y universal. En cierto modo, esto es lo que hace el propio volumen que nos ocupa, intervenir el panorama para (re)situar a Rosa Beltrán como una de las intelectuales de su tiempo, otorgarle el lugar que le corresponde en una genealogía de pensadorxs mexicanxs y latinoamericanxs como una de las voces fundamentales de este nuevo milenio.